

# Ser mujer, pobladora y dirigente en Chile moderno . . .

Rosa Quintanilla

Dirigenta de pobladoras, Taller PIRET

## MUJER\*

*La alegría, la tristeza  
la libertad, el muro  
las palabras, los gritos  
el amor, la desesperanza  
los pardos pensamientos  
los oscuros rincones  
te han sido legados  
desde lejanos tiempos.*

*Veo tu valor  
para recuperar tu identidad  
tu fuerza para levantarte  
tu lucha por poseerte a ti mismo  
el esfuerzo por caminar mirando al sol.  
Ya no quieres pedir permiso  
quieres vivir.*

*Caminar tus caminos  
con tu mano en la mano  
que tú elijas  
juntos, paralelos  
no uno, dos.*

*Has dicho no a los no,  
no a los no puedo.  
Sí a creer  
a soñar  
a reír.  
Sí a tu cuerpo  
a tu poesía  
a tu vida.*

Esta poesía puede explicar a ustedes por qué no voy a hablar de los problemas de la mujer pobladora. Lo primero que quiero decir es que no voy a hablar a nombre de la mujer pobladora, sino desde mi propia experiencia, y les hablaré de nosotras porque mi experiencia y mi pensamiento crítico han sido contruidos en colectivo con otras mujeres dirigentes de muchos sectores. Yo no creo en el pensamiento crítico construido en solitario, pero me hago responsable por mi pensamiento y mis palabras.

Tomaré este espacio para abrir el debate en

\* Este, y el siguiente poema, son de la autora.

torno a un tema que desde hace un tiempo viene apoderándose no sólo de mis pensamientos y mi preocupación, sino de los pensamientos y preocupaciones de muchas otras mujeres dirigentes como yo. Y este tema es la identidad de género. Sentimos que somos capaces de identificarnos primero como mujeres pobladoras, como mujeres de una clase social, como madres, como esposas, como hijas, y no con una identidad de género definida que no nos ofrece herramientas y espacio suficientes para desarrollarnos. Por lo tanto, tenemos que construir una identidad de género que nos permita reconocernos a nosotras mismas.

Hablarles a ustedes en estos momentos de

nuestros problemas, no es fácil. Hemos dado una larga lucha las pobladoras organizadas, en la cual, además de organizarnos para defender la sobrevida, entregar esperanza cuando no había esperanza, apoyo a nuestros sectores populares, hemos sido personas, encontrándonos, reconstruyéndonos, aprendiéndonos, intentando ser vistas y oídas.

Existen ciertas preguntas que reiteradamente hemos pensado y discutido con otras dirigentes. Son las siguientes: ¿por qué nosotras nos alejamos, e incluso evitamos, los puestos que nos acercan al poder? ¿Por qué, aun cuando tenemos la experiencia para participar más políticamente, no ejercemos ese poder? Entonces, ¿por qué nos limitamos?

En esta discusión con nosotras mismas, en este hablar, en este ir pensando, en este ir viendo por qué nos quedamos atrás, nos damos cuenta de que nosotras siempre nos hemos organizado para otros, no desde una óptica y visión de vida, de mundo, que tenemos y que podemos entregar. Siempre hemos ido dejando atrás esa visión crítica. Y ha sido después de estas discusiones que nuestro pensamiento concuerda en que hay que construir una identidad de género que nos permita saber quiénes somos, no sólo una clase social, no sólo pobres.

Somos mujeres pobres, y eso significa muchas cosas. Significa, primero, que nosotras hemos sido creadas en la desconfianza en nosotras mismas y en la confianza absoluta en el poder de los demás. Lo que además hay que entender, es que estas constataciones no significan que todas las mujeres pobladoras seamos iguales. Tenemos distintas experiencias de vida, distintas posiciones políticas, distintas creencias religiosas, distintas formas de pensar. La pregunta fundamental para mí es: ¿quiénes somos? ¿Somos solamente mujeres pobladoras, mujeres de una clase social?

Ante esto, un día en que estábamos hablando varias mujeres, sentíamos que todas reproducíamos la misma pesadilla.

*Con distintas palabras  
distintos pensamientos  
con diferentes dolores  
sin embargo, ¡tan iguales!  
yo en ellas y ellas en mí.*

*Somos como gotas de agua  
iguales, húmedas, compactas.  
Transparentes gotas  
que de tanta costumbre de verlas  
no se miran  
sólo son dignas de verse  
cuando el Sol les presta su brillo y sus colores  
antes de extinguirlas con su poder y su calor.  
Hemos sido por siempre,  
como gotas de agua.  
Imprescindibles, necesarias  
y olvidadas.  
Pero creemos que  
si pensamos  
si hablamos  
si escribimos  
nuestras palabras serán  
como golpes de puño  
contra paredes de concreto  
que absorberán el ruido.  
Pero éste se convertirá  
en apagado y sordo estallido  
se transformará en grito.  
Y no de angustia ni de queja  
sino de protesta  
de fuerte y combativo  
deseo. De ser vista y oída.*

Pensando en esto, nos hemos dado cuenta de que esta falta de identidad de género no es gratuita. Es aprendida y socializada a través de toda la sociedad, la educación, la iglesia, los mitos, las creencias. Se nos ha condicionado, se nos ha dicho tantos no puedes, no debes, no lo hagas. Desde nuestra infancia, siempre, se nos está mandando mensajes. Es mucha la historia negada, mucho el pensamiento enmudecido. Las que logramos transponer todas estas altas vallas que nos han puesto en el camino, llevamos inconscientemente en nuestra experiencia toda esta carga. Deshacernos de ella así como así no es fácil, ni sencillo.

Cuando nos convertimos en dirigentas, llevamos toda esta carga, y con ella nos enfrentamos: con el acondicionamiento, el entrenamiento, no sólo de clase oprimida, sino también de género. Un entrenamiento para no competir, para no ser vista,

para ser invisible, para no ser exitosa. Es así como nosotras, conversando, analizando, nos damos cuenta de que nuestro miedo a la confrontación con el poder, a tomar decisiones, es un miedo inconsciente y, por lo tanto, mucho más peligroso.

¿Quién nos puede decir a nosotras, que estuvimos en la olla común, que buscamos a nuestros presos, que formamos grupos de salud y muchas otras organizaciones, que somos cobardes? Estuvimos en la barricada, recogimos a nuestros heridos, los curamos y nos confrontamos a la represión, y cuántos nos deben no solamente la vida, sino el mantener la esperanza, el organizarse para la sobrevivida y -otros muchos- la posibilidad de estar sentados en los sillones del poder en estos momentos. Nosotras fuimos actores principales en la lucha por la democracia y, sin embargo, ésta nos margina. Nos ofrece espacios para una participación cautelada, una participación controlada; o sea, nos sigue ofreciendo un espacio para la sobrevivida.

Ese miedo a la confrontación con el poder tiene que ver con la forma como hemos sido criadas: hechas para dar bienestar, ser suaves, protectoras. Sin embargo, sobre las espaldas de estas "débiles mujeres" caen tremendas responsabilidades. Y tocar ese punto nos puede llevar a otro tema: nosotras, mujeres de los sectores populares, estamos reproduciendo la fuerza de trabajo más mal pagada. Nadie más se está haciendo cargo de eso, ese peso está cargado sobre nuestras espaldas.

En mi propia experiencia, de pronto me encontré como líder y dirigente, y pude darme cuenta de que era capaz, podía encontrar soluciones, con mi palabra podía representar los deseos de los demás, era capaz de enfrentar el miedo. No era ni tan incapaz, ni tan muda, ni tan tonta, como había escuchado tantas veces durante mi vida.

Somos capaces, pensamos, proponemos, podemos expresar nuestro pensamiento y nuestra visión de mundo, ¡y aquí empieza otro problema! En qué espacio, dónde expresar nuestro pensamiento, nuestra propuesta, nuestra producción intelectual. ¿Por quién están recogidas la experiencia y la sabiduría que hemos adquirido en todos estos años de resistencia? ¿Por el Semam, por el gobierno, por los partidos políticos?

Nosotras, para obtener esta dignidad como personas, nos hemos tenido que construir día a día; nos estamos construyendo día a día, nos estamos defendiendo de nuestras propias limitaciones, del no creer en nosotras y nuestras capacidades. Ya empezamos un camino que no vamos a desandar. Ahora es la sociedad la que tenemos que cambiar; tenemos que construir en conjunto un modo distinto de relacionarnos, y no seguir sintiendo la falta de solidaridad en la crítica destructiva con la que se nos castiga por atrevernos a pensar, a actuar, a proponer, vale decir, por desafiar el rol que se nos ha asignado desde todos los tiempos.

Tenemos fe en que esto está cambiando, en que ahora somos muchas las que estamos entendiendo cuál es el problema real; no creemos ya en que seamos incapaces, sino en la negación que de nosotras ha hecho la sociedad entera. Nos damos cuenta de que ése es el problema por el cual aún no hemos enfrentado ni entendido lo que significa el poder y cómo se ejerce éste. No es otra cosa la que nos ha limitado. Recién nos estamos dando cuenta de que esas limitaciones que tenemos nos dificultan la posibilidad de entender este poder; poder que nos ha hecho a nosotras seres ya no solamente discriminados como pobres, como una clase social, sino además como género.

Tal vez ahora, podríamos empezar a empujones a construir una visión de mundo desde nuestra perspectiva, donde nuestra participación ya no sea de consulta; donde tengamos el espacio para ya no sólo discutir acerca de nuestros problemas, sino analizarlos y proponer propuestas concretas; donde tengamos la posibilidad de construir y discutir la propuesta de vida y sociedad que, como mujeres pobres, podemos aportar.

Estamos entendiendo que podemos cambiar nuestras actitudes, nuestro lenguaje, nuestra mentalidad, desde seres oprimidos, marginados, a personas con identidad. Entendemos que nuestras timideces frente al poder tienen que ver con nuestras carencias aprendidas. A pesar de que nos cuenta mucho, vamos a ir adelante, porque no somos pobres mujeres y no nos gusta que nos traten así. Nosotras no queremos quejarnos, ni estar en contra de nadie; todo lo contrario. Pensa-



mos que nosotros, los hombres y mujeres, podemos construir juntos un espacio solidario en que realmente nos escuchemos, y así transformar el tipo de relaciones que tenemos. Y ello sucederá cuando también los varones ya no tengan miedo a discutir con nosotras, cuando ya no pongan barreras al enfrentarse con mujeres poderosas, que pensamos, que somos valientes y que vamos a ir a todas las peleas, sin por eso estar en contra de ellos. Cuando en forma colectiva podamos elaborar propuestas integradas de la sociedad. No queremos tirarlos de su pedestal. Queremos ir juntos, acompañarlos, y que nos acompañen.

Mientras no podamos hacer eso, mientras no podamos colectivamente construir propuestas que integren no sólo las carencias de la mujer, sino las necesidades de los hombres y de toda la sociedad, no podremos aportar para construir una sociedad nueva y diferente, una sociedad distinta, en la que todos tengamos oportunidades, en la que los hombres no tengan que luchar a muerte para ser exitosos y nosotras podamos también tener éxito sin necesidades de sentimos marginadas, maltratadas y negadas.